

SAN JOSÉ DE COSTA RICA

AÑO II
26 DE ABRIL DE 1908
NÚM. 65

EL FIGARO

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA



Srta. Zoila Robles

Fot. Paynter

EL FÍGARO

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

EDITOR Y ADMINISTRADOR:
MIGUEL BORGES

OFICINA, FRENTE A LA CASA PRESIDENCIAL
TELÉFONO 18 - APARTADO 437 - TELÉGRAFO: BORGES

SAN JOSÉ, COSTA RICA

Crónica Semanal

¡Pobre Guatemala! Eso de tener autorizado á un criminal nato, con poderes omnímodos sobre vidas, haciendas y mujeres, es cosa de desesperar al más sufrido. Ultimamente la situación angustiosa de ese pueblo se ha recrudecido hasta la desesperación, pero el pasivismo y la servidumbre no se atreven de un modo franco y resuelto delante de ese inválido moral que rige los destinos de esa desventurada nacionalidad. No aparece, no surge del seno de esa sociedad un verdadero anarquista, es decir, un soñador altruista que elimine al gobernante inmoral, sin tener en cuenta los riesgos del pellejo propio. Pero esa clase de tipos no se cosechan sino en los pueblos avanzados, son el fruto de un refinamiento de la civilización, son leucocitos que se sacrifican sin contemplaciones ni temores en pro del organismo social.

Afortunadamente aquí en nuestra Costa Rica querida y tranquila, la vida social marcha en perfecto equilibrio, aquí no se mata ni particular ni oficialmente; aquí nadie se las da de guapo ni nadie hace gala del desprecio de la vida. El sentimiento de la conservación es proverbial en este país, y eso habla muy alto en nuestro favor, porque solamente los salvajes arriesgan la vida propia y la agena por la vagatela más insignificante.

Esa senestecia que nos favorece

ha dado pie, sin embargo, á ciertos sarcasmos y á ciertas burlas; pero ya esos gracejos no nos preocupan ni nos incomodan, porque el calificativo de cobardes lo estimamos en lo que justamente vale civilmente. Con las gentes cobardes la vida es un paraíso, con los grandes guapetones es un infierno.

Aquí no nos gusta pelear ni tenemos la costumbre de dar escándalos en nuestras reuniones públicas ó privadas. La compostura y la buena educación nos deleitan y nadie gusta de dejar entrever la pezuña por debajo del zapato.

Mientras en otras partes fusilan y siembran el dolor y la muerte en el seno de la sociedad, nosotros nos reunimos en el ateneo á discutir asuntos de algún interés.

* *

El miércoles, por ejemplo, don León Fernández Guardia, disertó sobre la *génesis de los cuerpos simples*, desde un punto de vista espiritualista, y aun no estando de acuerdo con ese amigo, no por eso dejamos de admirar su esfuerzo y la constancia de sus estudios. El da mucho crédito á los videntes orientales, al paso que nosotros los consideramos perfectamente desacreditados. Dios, verbigracia, es el vidente por excelencia, y con todo, de nada nos ha servido. ¿Qué podremos esperar, pues, de esos otros videntes adocenados que citan los teosofistas como autoridades indiscutibles?

* *

Nuestra cobardía no significa impotencia, porque el sport es asunto que nos entusiasma y nos admira. A este propósito nos complacemos en decir á nuestros lectores, que los automovilistas que salieron hace un par de meses de California para París, ya llegaron sanos y salvos. Los automovilistas italianos Enrico Haag, Antonio Scarfoglio y Giulio

Sirtori, vencieron á los americanos con una ventaja de 900 millas.

El «Zust» recorrió 28.000 millas. El derrotero del viaje esportivo fué éste:

De San Francisco de California á Seattle; de Shagway á Dawson y de Dawson á Nome, á lo largo del Yukon; de Nome al estrecho de Behring; después á Yokohama, por vapor, y luego la atravesada del Japón; desembarco en Corea y luego correría por Jalu, Mukden, Karbin, Vladivostok, Irkoursth, Tomsk, Hazan, Mosca, Pretoburgo, Berlín y París.

Con este torneo quedó probado que la Italia no deja de ser grande, y que los automóviles de esa procedencia están experimentados de un modo satisfactorio.

Ese valor de los viajeros italianos es el que nos entusiasma y nos llena de alegría; pero ese valor de los que matan y arriesgan la vida temerariamente, nos produce tristeza y desagrado.

* *

Aquí á dos dedos de la frontera, medidos en el mapa, se entiende, se está verificando una serie de barbaridades.

El Ponson du Terrail nuestro, que es el General Villegas, nos tenía espeluznados con sus narraciones autobiográficas, cuentos morales para niños como quien dice. Las noches de los lectores de *La Información* estaban llenas de pesadillas en que la menor era sentirse cortado el cuello por cualquiera payaso de circo de la legua, ó verse matar á puñaladas abrazado á un ser querido representado á la sazón por la almohada. Había quienes se admiraban de que duerma sin sobresaltos este General, cuya conciencia está tan fresquita en los detalles y recuento de quienes pasaron bajo sus armas el puente de la eternidad. Otros, ante tamañas *fazañas*, guiñaban el ojo echándolo todo á la cuenta de la ima-

ginación del autor, cuyos triunfos literarios estiman de más importancia y momento que los que pudieron venirle por la guerra ó el valor.

Ello es que á pesar de esta pasantía de sangre y de ladrones y de horrores á que nos veíamos sometidos por Villegas, las noticias de Guatemala han caído en el país en medio de un clamor de Jesuses, Marías y Josés, cual si mismamente se tratara de una tormenta en alta mar.

La manera original que tienen por allá de revolucionarse los gobiernos á sí mismos, sacrificando á la farsa unos tantos sujetos «adictos», es algo significativo y dulce como una declaración de amor. Digo para los que aspiran á mandar sin trabas ni molestias como un Gobernador que conozco. ¡Cuán amable para él la idealidad de estar sentado en su poltrona de «mandante» ó magnate si se quiere; despertar á medias del sopor digestivo de un buen almuerzo con vino bueno; y por vía de distracción mandar que traigan al patio á un A ó á un B de esos que nos caen pesados porque sí y ordenar que se le ajusten veinticinco golpes de vara y otros veinticinco y otros y otros hasta quedarse traspuesto al rumor de la paliza salpicada de sangre y esmaltada con quejidos...! ¡Qué circuito administrativo tan callado y blando de manejar, sin corrillos que tomen nota, ni gente opuesta y altanera, ni miradas foscas, ni nada en fin que turbe la paz silenciosa y sepulcral!

En previsión de estos males, sea de que el ejemplo cunda, parece que algunos periodistas de esos moralazos que se estilan por el momento van á emprender campaña para que no se publiquen los cables en que se habla de tales zamarradas como pasan en Guatemala y en Haití. Bonitos quedábamos en el instante en que todos los que tienen una vara de mando ó un mechón de autoridad se antojaran de decir: «Imitemos á Carranza».

* *

En lo que sí debemos imitar á Carranza es en retratarnos.

Vimos en las ventanas de Robert, calle de la Estación, una fotografía ó mejor dicho dos, que nos han dado ganas de ser intelectuales de buena ropa y guapa presencia para ir como *Billo* y *Lisímaco* á que nos estampen en papel esmaltado ó mate.

No hay crítica mejor para la «víctima» que la del fotógrafo: con su lápiz de plomo, parecido á un bisturí ó á una fisga, toma á cualquier personaje, y en menos que se persigna un loco, lo va dejando galán, sin manchas ni asperezas, soñador, interesante, con cuello limpio y cabellera igualmente limpia, amable de fisonomía, insinuante de actitud; listo en una palabra para hacer figura en todas las revistas literarias y científicas del universo mundo.

La presencia de esos dos pollos en la vitrina es hartó sugestiva. Pues es claro que es muy distinto con guitarra que con violín. Una es que lo conozcan á uno por los gazapos de imprenta que ponen en ridículo sus ideas mejor escogidas y otra que lo vean y admiren empingorotado y en actitud inspirada. Los muy malditos saben que los literatos como los guisos, entran por los ojos. De aquí tantos desengaños como nos llevamos á diario en este zaguán de los mundos con los que se nos han presentado en su verdadera realza mugrienta y repulsiva, y antes conocíamos por su *vera effigie*.

Con razón podría poner el joven Robert en la puerta de la tienda: «se hacen famas para el extranjero, acudid y os convenceréis!»

* *

El viernes se reunió el Congreso Nacional. Los padres de la Patria parecían unas madres *conspis* con sus levitones de la moda pasada y con sus chisteras apollilladas. Cuentan

que un diputado al encasquetarse su sombrero de copa recibió en la calva un terrible arponazo de un alacrán. Pero es lo cierto que todos tenían el rostro animado y miraban con una afabilidad muy consoladora, como diciéndoles á sus numerosos amigos: «crean Uds. que nosotros haremos grandes esfuerzos para salvar la Patria y arbitrar recursos económicos.»

Pueda ser que así sea, aunque tenemos muchísimos motivos para creer lo contrario, porque allí en el seno de esa corporación hay una que otra nulidad de calibre 38; sin embargo, quien quita que les suene la pepa y dejen de bestializar.

Ojalá no sigan con la maldita política, porque ella es la que entorpece todos los debates y la que no deja conocer al desnudo la incompetencia de ciertos pajarracos.

* *

La caridad ha hecho mucho ruido en esta semana. La congregación de San Vicente de Paúl redobló sus esfuerzos con la mira nobilísima de aliviar las miserias humanas; pero como los pobres de solemnidad somos muchos en esta tierra de Dios, parece que hubieron muy pocos concurrentes á los turnos y veladas.

El esfuerzo de las señoras y señoritas piadosas es realmente altruístico y consolador, y bien demuestra que aquella tendencia humana, señalada por Mably, de compadecer mucho los males que más directamente nos amenazan, es una verdad más grande que una catedral. Cuando uno está en la miseria tiene el corazón repleto de sentimientos caritativos; pero cuando la fortuna nos sonríe ¡adiós! pobres y menesterosos.

Esa es la vida y no hay remedio.

* *

Con cuánto gusto seríamos *pobres* en esta ciudad caritativa y simpática! Saben ellos que están presentes de



Srta. Rosa Quirós

Fot. Paynter

continuo los harapos de su miseria en la imaginación delicada de algunas damas; que hay caballeros que se desviven por socorrerlos; y que en todo caso allí está la Sociedad de San Vicente dispuesta á todo sacrificio para llegar junto á su lecho, para aliviar sus dolencias y hasta para cerrarles los ojos al emprender el gran viaje.

Ni más ni menos ahora se ha efectuado la gran feria en el teatro de Variedades con el objeto de allegar fondos para ellos.

Rifas y más rifas: concurso de vanidades y especulación sobre la incauta tontería de las muchedumbres, hay de todo en esas fiestas que atraen por medio de la música, enloquecen y embriagan por medio del bello sexo y desvalijan al más alejando en puño de los mortales con una cortesía y una gracia que para sí quisieran algunos dueños de almacén. Pero después de todo ¿quién va á censurarlas en vista de los caritativos propósitos que persiguen? Nadie, á buen seguro.

Hablando en plata sí hay quienes renieguen de la maldita ocurrencia de las ferias y son todos los que al llegar á sus casas se encuentran el bolsillo vacío, si bien repleta de asaltos la conciencia por haber comprometido en cortejos y otros extremos el presupuesto de varias semanas y aún meses. Pero no vamos á predicarles prudencia á los novios destornillados y fanfarrones que se la suelen echar de espléndidos y caritativos haciendo de Quijotes. Allá se la entiendan y que Dios les ayude.

Otros en cambio quedan satisfechos y dan por bien empleados los reales y el tiempo gastados, pues llegaron á sus casas con buenos pasajes á Boston, ida y vuelta, ó ternera de á dos mil kilos, ó par de macetones aunque fuera; amén de traer el ánimo regocijado con la visión de tal ó cual señorita ó la charla amigable de una dama corrongona aunque entrada en años, ó siquiera el sentimiento de reposo y apacible alegría que suelen lle-

nar el corazón de los que han cumplido su deber ó hecho una obra buena.

En fin que ocurre lo de siempre: cada uno habla de la feria conforme le va en ella.

* * *

Otra *Kermesse* tuvo lugar en el salón del Congreso. ¡Lo que va de ayer á hoy!; pudimos exclamar al ver que la mitad de los que tomaban asiento el primero de mayo eran gente nueva.

El ceremonial de regla: Una compañía de soldados, mitad calzados y mitad descalzos; la banda militar con la memoria perdida hasta de la piecesilla que sirve para acompañar las evoluciones del Pabellón Nacional; paseo á casa del señor Presidente de la República con asistencia de sólo diputados adictos por miedo á la perversa lengua de la oposición que tienen los de la ídem; copas de champán sendas; buenos deseos, y «votos» al final, hechos por el Magistrado primero en pro de los señores Representantes, para confirmar quizá la regla de que donde los dan los toman.

El nuevo Directorio quedó de esta manera:

Presidente, General don Juan B. Quirós.

Vice-presidente, don Francisco Jiménez O.

1er. Secretario, don B. Casorla.

2º Secretario, don Francisco Mayorga Rivas.

Los saludamos cortesmente en esta posición superior del primer Poder del Estado y nos complacemos en recomendarlos al Espíritu Santo por si acaso.

* * *

En la sesión inaugural se leyó el informe del señor Presidente de la República acerca de la marcha de la Administración en el año próximo pasado.

Es un trabajo bastante largo para el uso, pues consta de más de treinta

páginas impresas. Todo allí está someramente explicado y deja al lector una impresión de confianza en la tarea del Gobierno.

Merece entre los apartes salientes citarse un pasaje que envuelve el problema político más trascendental de la República: tratando de la posible rehabilitación de la bahía de San Juan del Norte como puerto común á Nicaragua y Costa Rica, después de extenderse acerca de las razones que pueden apoyar un convenio entre ambos países encaminado á tal objeto, hace el señor Presidente una declaración de principios sobre Unión Centro-americana que parece responder á la inspiración más racional y corriente entre nosotros:

«Finalmente, no debemos desconocer las señales de los tiempos. Centro América tiende, por ley de lógica y de equilibrio internacional, á unificar sus intereses y su vida política. No somos los costarricenses, en general, partidarios de tal unificación por medios violentos y artificiosos: una unión labrada bruscamente y mantenida por la fuerza, sería el medio más eficaz de retardar

por mucho tiempo la fraternidad entre estos pueblos, sin la cual sería inestable el advenimiento de la entidad Centro-americana al concierto del mundo. Pero sí hay unanimidad de pensamiento en los costarricenses de que debe prepararse, sobre bases sólidas, la Unión Centro-americana, á fin de que dejemos de ser pequeñas nacionalidades, sin fuerza y sin prestigio, y lleguemos cuanto antes á tener una patria grande, rica por sus naturales elementos, poderosa por el número de sus ciudadanos y respetable por sus instituciones.

Pues bien, si mañana—un mañana no remoto—estamos destinados á ser partes de una sola unidad, ¿por qué no anticipar, siendo posibles, aquellas obras que solicita la buena amistad de los hermanos, si después de todo, favorecen al mismo tiempo vitales intereses de Costa Rica? ¿Por qué empecinarnos en negar nuestro concurso á una empresa de alto vuelo y de miras fraternales, porque ella aprovecha á un vecino, si es evidente que de ella sacaríamos nosotros también incalculable ventaja?»

SONETO

Cayeron las cadenas sobre el rastrillo,
En el cuerpo de guardia cesó el ruidaje.
Y entre la oscura sombra se oculta un paje
Nuevo en la servidumbre de aquel castillo.

De una luz misteriosa siguiendo el brillo
Luz que dice á sus ojos mudo lenguaje
Por entre las tinieblas emprende viaje
Hasta dar con la puerta sobre el pasillo;

Abre la puerta el paje, la luz se esconde
A su voz un reclamo de amor responde
Y dos brazos lo buscan entre la sombra.

Y entretanto que afuera los vientos rugen,
Se oyen besos que estallan, sedas que crujen
Y encajes que se rasgan sobre la alfombra.

J. A. SILVA

Cartas femeninas

(A Luisa)

Es curioso observar cómo los escritores de este y otros países, á la vez que nos prodigan á las mujeres toda la fraseología galante de sus plumas enfermas de mentirosa cortesanía, nos achacan defectos en lo moral y vicios de educación de que ellos no se encuentran exentos.

Habrás notado, amiga mía, que nos tachan de superficiales, adoradoras del lujo, coquetas y poco trabajadoras. Y no se dan cuenta de que nosotras recibimos de los hombres todas las influencias que pervertien y afean las buenas cualidades femeninas.

Desde niñas nos enseñan á cuidar ante todo de nuestra belleza física, á realzarla por medio de vistosos trajes, de adornos y afeites que la industria inventa para perdernos. Desde niñas nos rodean de adulaciones y adoraciones dirigidas especialmente á nuestros atractivos físicos, jamás á las virtudes que son el mayor encanto de la mujer. Así nos hacen superficiales y vanidosas, nos alejan de la cultura del corazón y de la inteligencia, nos convierten en figuras decorativas, como si para nada más fuéramos capaces. Si procuramos ilustrarnos dicen que somos bachilleras y marisabidillas, si escribimos para el público nos tildan de pedantes; y se lamentan luego de nuestra ignorancia sin haber intentado abrirnos campo para salir de ella.

Hay hombres más *coquetos* que muchas mujeres, cuando la coquetería bien entendida, el deseo de agradar y de parecer bien, es asunto femenino que sólo es un defecto si se lleva á la exageración. Y como amigos de la ociosidad, del lujo y del derroche ninguna señorita de la aristocracia del dinero les aventaja á varios tipos, enamorados de sí mismos cual otros tantos Narcisos. ¡Ese tu novio E...!

Hay aquí una forma de ociosidad, que la ley no persigue puesto que la autoriza: los empleos públicos en su gran mayoría. Esa vagancia á medias, esa costumbre de no hacer nada, enerva las fuerzas físicas y mata las energías. De esos individuos puede esperar muy poco la patria y nosotras las mujeres no podemos esperar nada. Son maridos detestables para quien piense en el porvenir.

Otro vicio de educación ó de temperamento nos atribuyen los hombres: la murmuración que es precedente de la maledicencia.

Confieso que en las mujeres es muy común eso de poner defecto á los demás, de criticarlo todo, de propalar especies falsas y aun de inventarlas con perjuicio de honras y reputaciones. Los curas desde la tribuna sagrada y la prensa desde sus columnas, debieran combatir con empeño ese vicio, de consecuencias fatales muchas veces.

Pero ¿qué hace la prensa sino fomentar la maledicencia, para servir al público un plato tan gustado?

La crónica de los periódicos no es otra cosa que murmuración, habilllas de comadres, decires de desocupados: charla en una palabra. Las mujeres por lo menos guardamos la forma: nos devoramos unas á otras, no perdonamos ni á las amigas, ciertamente; pero no por eso dejamos de acogerlas con la mayor cordialidad, ni de besarlas con efusión cuando las encontramos. La prensa, en cambio, echa á los cuatro vientos la injuria más ó menos velada, la burla cruel, dorada con fina ironía, que es como puñal de agudo filo. Ningún miramiento detiene la pluma de esos escritores que á honra tienen hacer reír á los más y rabiarse á sus víctimas.

Y esas lecciones se aprovechan por desgracia. El género se cultiva ahora con general aplauso ¿qué mucho que siga la corriente tu

HILMA?



Fot. Payter

Don Roberto Castro

Director de Correos y Telégrafos de la República

y sus niñas menores



La Diva y el Chiquillo

El corazón de una artista

Un pequeño incidente que ocurrió durante la temporada en que actuó la Sra. Emma Calvé, en la Manhattan Opera House, durante el pasado estío, nos da un vislumbre de su naturaleza franca y singularmente simpática.

Un chiquillo italiano que vendía rosas en los alrededores de la Opera, la llamó una noche la atención al descender de su automóvil, por lo cual le compró algunas flores y se detuvo á hablar con él. Desde entonces el chiquillo la esperaba todas las noches en la puerta de la Opera y cuando la diva le veía le compraba todo su cesto de flores.

Había algo en sus negros y vivos ojos, y en su continua sonrisa y en su continente de exagerada cortesía que atraían la atención de ella. Al poco tiempo le llamaba familiarmente Pasquale y le hablaba de Nápoles, que había dejado pocos meses antes el pequeño vendedor.

Una noche, ya cercano el fin de su corto contrato, faltó Pasquale, y su compañero, otro chiquillo italiano algo mayor que aquél, se atrevió á anunciar que el chiquillo estaba enfermo. La diva obtuvo la dirección de la buhardilla de Sullivan Street, en donde Pasquale vivía, y á la mañana siguiente le envió una caja de comestibles y vinos, pero demasiado tarde, pues cuando llegó, el chiquillo había muerto, víctima de una pulmonía. Cuando el compañero del chiquillo le anunció esa noche que «Pasquale se había muerto», la cantante pareció profundamente impresionada. Se informó acerca de la fecha de los funerales y dijo que con todo corazón asistiría á ellos. Y de esta manera sucedió; cuando á la siguiente mañana, un pequeño cortejo fúnebre de dos carruajes y un ataúd,

atravesaba por el tumulto de carretas, de rumores y de trabajo de la Sullivan Street, con dirección á la iglesia de San Antonio de Padua, un gran «touringcar» rojo llegó hasta la misma iglesia, y una hermosa señora, envuelta en pieles, bajó de él y penetró al templo, en donde brillaba la luz de una docena de velas que un monaguillo en rojo disponía en el altar. Hubo una secreta conferencia con el hermano franciscano que se encontraba en la puerta; una exclamación de asombro por parte de éste, en seguida una pausa al penetrar éste por la nave, y luego á la sacristía.

No había órgano en el coro, si se exceptúa algo que se movía con los pies, pero esto fue de poca importancia para la hermosa señora envuelta en pieles, que se llegó á él y esperó hasta que un joven sacerdote llegó frente al instrumento, tomando asiento. Se alzó de hombros en patético movimiento y luego atacó una nota con aire de resignación.

Pasó un momento y la gloriosa voz de la Calvé, se esparcía hasta los más oscuros rincones del oscuro coro. Cantaba una «Ave María», y las viejas matronas italianas que decían sus oraciones en las bancas del frente y que en sus buenos tiempos de Italia habían oído hermosos cantos, miraron con asombro y estupor, lo mismo que el hombrecillo de aretes y la mujercilla de aspecto cansino, envuelta en negro chal, y que eran los padres de Pasquale.

Era un espectáculo extraño, el espectáculo que daba la favorita de grandes ciudades y grandes pueblos, esta mujer aclamada como la artista lírica más grande de su época, cantando en el modesto coro de una iglesia italiana á un auditorio de una docena ó poco más personas que se congregaban para el entierro de un niño italiano que ella había conocido de una manera meramente casual. Era una característica de la Calvé, que al igual de todos los ge-

nios, ejecuta hechos de mero impulso en casi todas las ocasiones. Terminado el canto cayó de rodillas junto al pequeño ataúd, y después de una corta plegaria se dirigió á una banca en la cual permaneció hasta que la ceremonia concluyó.

Fue también una característica en ella el que nadie supo una palabra del asunto, hasta pocas semanas después, cuando el sacerdote que la había acompañado en el pequeño órgano, se dirigió á las oficinas de Oscar Hammerstein, para

buscarla y agradecerle en nombre de los padres de Pasquale, el donativo que les había enviado.

Contó su historia, pero la temporada de ópera había concluido y el agente de prensa estaba en vacaciones.

Antes de que concluyera la estación hubiera éste dado oro y piedras preciosas por la noticia, pero no había caso, toda vez que la Calvé huye de la publicidad sensacional que es tenida en tanta estima por otros muchos cantantes.

OFENSAS PARLAMENTARIAS

largo | Hubo un desaffo el sábado
que se quedó sin efecto
porque los cuatro padrinos,
cuerdamente, convinieron
m | en que las ofensas graves
dejan al punto de serlo
si se lanzan al espacio
por asuntos del Congreso.
Bien pensado! Sí señores!
Bien pensado, ya lo creo!
Esos dimes y diretes,
esos te digo ó te pego,
esos dares y tomares
que se escuchan en el seno
de la Cámara admirable
que para gloria tenemos,
son dichos sin importancia
sin trascendencia y sin peso.
Nunca podrán ser motivo
(ni por chiripa) de un duelo
y si acaso causan uno
los debates del Congreso,
será «el duelo de la Patria»

¡única víctima de ellos!
La ofensa parlamentaria,
según el famoso acuerdo,
no es un insulto, señores,
de los que producen pleito,
sino, que por el contrario,
debemos agradecerlo
como si fuese un cariño
incapaz de cosquilleo.
Sépanlo, pues, los que me oyen:
si yo, mordaz ó ligero,
ofendiera á un ciudadano
por el gusto de ofenderlo;
nadie se enoje conmigo,
nadie me proponga duelo,
porque declaro desde ahora,
con seriedad (aunque en verso)
que mis ofensas serán
ofensas de parlamento
y una ofensa de esta clase
no debe provocar pleitos.

EDUARDO CALSAMIGLIA

TEATRO NACIONAL

Anoche se verificó la velada á beneficio de los pobres de la Sociedad de Señoras de San Vicente de Paúl.

El programa fué variado y muy bien combinado. Su desempeño en lo general fué satisfactorio.

La orquesta desempeñó su cometido con gusto y cuidado. El *intermezzo* de la Caballería Rusticana se ejecutó con propiedad artística.

Los cuadros mimaplásticos no nos satisficieron en su disposición. Con tan buenos elementos y con señoritas tan galanas se habría podido conseguir un efecto admirable; pero las posiciones elegidas y la combinación de colorido dejaron mucho, muchísimo que desear.

La señorita Bustamante tiene un timbre de voz agradabilísimo y su afinación es impecable; desgraciadamente no tuvo quien le indicara algunas circunstancias de mucho efecto y las dejó olvidadas. Ha debido cantar de memoria y echar á un lado el papel, porque ese estorbo da al traste con la estética y cohibe á los artistas lastimosamente.

Don Rafael Castillo canta bien. Bien se conoce que es verdadero diletante, como que nació en la tierra de Garay, Alarcón, Conchita de Nicolao, María Pardo, Rosa Calancha y otros muchos artistas de renombre. Tuvo la buena previsión de hacerse acompañar por el pianista Sánchez, cuyas virtudes musicales son exquisitas. El sentido estético de Sánchez es notable, sabe interpretar y su pulsación es vívida. La cantinela más sencilla se ennoblece y brilla al calor de su digitación. En nuestro humilde concepto el señor Sánchez es un artista de verdad.

Las cancioncillas de las niñas Ilma y Olga Echeverría deleitaron con muchísima razón. Sus vocecitas infantiles despertaron en nuestro diapasón nervioso, tesoros de ternura y de reminiscencias encantadas. Cuando concluyeron, nos provocó subir al escenario y abrazarlas con la ternura de padres amantísimos. Y lo propio habríamos hecho con esa bandada de pajarillos, que desempeñaron el número coreográfico.

La señorita Luisa Montero cantó bien; pero el señor Vargas Calvo—se lo decimos con franqueza—es hombre que se apega al mecanismo y se deja ir como sobre rieles. Debido á esta circunstancia corrió, corrió y corrió sin darnos la sorpresa de un efecto ni permitir que la cantante se extasiara en ningún pasaje. Así no se acompaña.

Nosotros creemos que el papel de acompañante no tiene la insignificancia que los profanos le atribuyen. Un acompañante de espíritu de un acorde saca un efecto maravilloso y de una floritura delicada hace un poema musical. Brindis de Salas, el violinista virtuoso, nos decía en cierta ocasión: «sin un acompañante de buenos quilates, no puedo hacer nada ni entro *in trance* artístico.»

La tercera parte del programa no la presenciarnos, porque los asaltos del florete nos resfriaron. Nosotros vivimos reñidísimos con esas habilidades mortíferas, no las apreciamos, no las entendemos ni nos interesan un pito.

NOTAS

Saludamos atentamente á la señorita Nora Alvarado y al amigo Marco Aurelio González L., quienes acababan de arribar á esta capital procedentes de los Estados Unidos.

ACLARACION

Avisamos á nuestros abonados que este número es el último de abril. Desde el próximo, principia la serie de mayo. Este atraso será subsanado en este mes.

Chispazos

De los últimos experimentos científicos, resulta que el remedio más eficaz contra el duelo y los arranques feroces, es éste:

Se coje una toalla, se empapa bien en RHUM QUINA y con ella se frota el tuste con empeño; después se untan las manos con la DERMINA que vende Manuel Romero; se forran bien los pies del paciente con unos botines de los que fabrica SABATINO, y, una vez hecho todo esto, se le conduce al VALBUENA y se le refrigera con un almuerzo como para cuatro personas. No hay temperamento, por furibundo que sea, que no mejore con este tratamiento higiénico.

Este es el 4º número del mes de Abril.